

EDITORIAL

La LOE y el relevo ministerial

Sorprende la escasa relevancia mediática que ha tenido el cambio de ministra, incluso reconociendo que se ha efectuado a la sombra de otros de mayor morbo y trascendencia política. Sin embargo, no resulta normal que cesen a un ministro/a justo al día siguiente de aprobarse la ley en que ha puesto su empeño fundamental, y menos aún cuando queda todavía media legislatura para abordar su aplicación y desarrollo normativo.

Tampoco parecen muy convincentes las razones, de valor muy secundario, que aluden a problemas de imagen de la ministra saliente, o las oficialmente dadas de que, una vez culminado exitosamente el primer y doloroso parto, se necesitan nuevos bríos y personas para llevar a buen puerto los proyectos restantes. Si bien figura entre ellos la reforma de la LOU y se considera a la ministra entrante, por su procedencia, toda una experta en temas universitarios, de la misma consideración gozaba la saliente a la que ni siquiera han dejado desarrollar aquello de lo que "más sabía": los aspectos financieros de las nuevas reformas educativas.

Sin entrar en secretas intenciones del presidente del gobierno o en la pugna interna entre familias de su partido (que ya salieron a la luz en el artículo de César Coll en *El País* del 20 de febrero), habrá que atenerse a los hechos más evidentes y a la declaración de propósitos para entender el calado político del relevo ministerial.

Es cierto que, contrariamente a la prioridad proclamada para la educación tanto en la campaña electoral como en el inicio de la legislatura, el gobierno ha logrado mayores dividendos con otros gestos políticos de menor entidad. Pero difícilmente puede ser achacado a la mejor o peor venta del producto. Es este mismo producto el que ha resultado indigesto por razones diferentes y complementarias: de un lado, la agresiva contestación de las fuerzas más reaccionarias, espoleadas por un PP dispuesto a utilizar cualquier pretexto para desgastar al gobierno, y, de otro, el reflejo timorato de éste que, en busca de un consenso imposible, ha terminado por aprobar una LOE alejada incluso de sus poco ambiciosos propósitos iniciales.

Como era de prever, el resultado no ha contentado ni a tirios ni a troyanos, y así lo denunciábamos en el artículo de la primera página de nuestra web "*LOE: el peor de los pactos posibles*". Desgraciadamente, la redacción final aprobada en el Congreso el 6 de abril no permite modificar ni un ápice la negativa valoración que hicimos en su día, por cuanto se deja, teórica y prácticamente, la puerta más abierta al proceso privatizador de la enseñanza, renunciando de paso a elementos democráticos consustanciales a la Escuela Pública, como es el caso de la laicidad, entre otros.

¿Qué cabe esperar del "nuevo impulso" que la flamante Ministra de Educación, Mercedes Cabrera, dice asumir? Por lo poco visto y oído hasta ahora, algunas incógnitas parecen despejadas, y no para bien. Aparte de las declaraciones de elemental política y cortesía, alabando el trabajo precedente para situar el propio en continuidad, algo se deja traslucir de crítica subliminal a la gestión del equipo anterior y de propósito de la enmienda. En línea con lo que apuntaba Coll en el mencionado artículo, parece que no se ha tenido la habilidad suficiente para evitar el frente de la "guerra escolar" y, ya que puestos a respetar en lo esencial los intereses creados en la educación no se pensaba llegar muy lejos en la reforma, mejor ceder en lo formal y haber llegado al "pacto educativo", que todos decían desear.

Algo similar se puede desprender de las primeras palabras de la nueva ministra: su objetivo dice ser el de buscar -¡de nuevo!- "un acuerdo con el PP que dé estabilidad a la educación", y también "con la comunidad educativa y con la Iglesia", porque "no hay que

crear conflictos innecesarios sobre la asignatura de religión". Con tal política espera lograr "mayor apoyo a los desarrollos de la LOE" que el obtenido por la ley en el parlamento; en esa vía, la reforma pendiente de la LOU debe convertirse en modelo de consenso y del mejor saber hacer del nuevo equipo ministerial. Si a esas intenciones explícitas sumamos la referencia a los consabidos tópicos sobre la "autonomía" de los centros, sobre la importancia relativa de los contenidos en esa "cosa más complicada que es educar" o sobre la necesidad de convencer a los profesores de que "su formación continua tiene que importarles a ellos también" (referencias de cuya traducción práctica tenemos sobrada experiencia), poco margen queda para la ilusión en un cambio de rumbo que abra alguna esperanza para la defensa y recuperación de la Escuela Pública, y sí para mayores muestras de adaptación a las exigencias de los sectores privados y confesionales.

El presente número de *Crisis* continúa recogiendo las aportaciones que distintos miembros del Colectivo venimos haciendo al debate educativo. En *"El desarme político e ideológico de la izquierda ante la LOE"* se hace una revisión al lamentable panorama de las contribuciones aportadas desde posiciones "de izquierda", supuestamente comprometidas con la defensa de la enseñanza pública. Unos desde su responsabilidad institucional y otros desde la ideológica, han contribuido a neutralizar la resistencia previsible ante la deriva regresiva que han ido adoptando las sucesivas versiones del proyecto de ley. Los otros artículos abordan dos de los problemas fundamentales que arrastra nuestro sistema educativo, tal como quedó pergeñado desde la LOGSE, y sobre los que no hay visos de rectificación en la LOE. *"La atención a la diversidad: la otra cara de la comprensividad"* analiza la amalgama de medidas de "atención a la diversidad" puestas en marcha y su más que discutible eficacia, tanto por su escasa adaptación a los problemas reales como por la formalidad de las soluciones. *"Currículo y pedagogía en la Escuela Primaria"* aborda la indefinición de los objetivos y contenidos básicos de una etapa que se supone funciona razonablemente bien y que, sin embargo, prefigura, en buena medida, los problemas que luego aparecen agudizados en la Secundaria.

Colectivo Baltasar Gracián